

ciudad. La casa, durante la Edad Media, es totalmente opuesta en sus tendencias á la habitación de nuestros días que es vulgar, muy vulgar y uniformemente confortable; como si la vida del negociante, sus costumbres, y sus necesidades fueran iguales á las del soldado; como si el alojamiento para un notario pudiese convenir á la mujer de moda. Todos vivimos mal en la casa que alquilamos y los paseantes no ven sino fachadas casi idénticas, que nos habrían hecho morir de spleen si en nuestro país pudiéramos caer bajo el imperio de tal enfermedad. El propietario de la Edad Media, si desea construir su casa, llama á uno de los sabios entre los más sabios arquitectos de su tiempo, quien con la colaboración de artesanos que son verdaderos príncipes del arte, ejecutan la obra cuidadosamente imaginada, en vista de los gustos y profesión de su dueño y llamada á testificar la sinceridad de sus autores. El estilo de estas moradas es una continuación del de la catedral; tal parece como si de esa mansión divina descendiese para luego esparcirse y penetrar en todas las pequeñas arquitecturas, sus hijas, un efluvio de su armonía imponderable. Pero debo insistir; la catedral es la casa del pueblo; él es quien la ha construido bajo la noble dirección de sus arquitectos, que ambiciona edificar con la piedra extraída del lugar mismo de la construcción, un monumento tan alto y espacioso que pueda contener á todos, un edificio que produzca á la vista la grata impresión de solidez que el razonamiento garantiza; y todo sin emplear un tiempo excesivo que consumiera demasiados recursos y muchas vidas humanas. Una de sus grandes tendencias consis-

tirá en admitir toda la luz que sea compatible con la estabilidad del monumento, sin que su estructura deje de ser sensible á la razón y magnífica, aunque sin tratar de singularizarse. La potencia de dicha estructura es realizada por una ornamentación suficientemente bella, sin que llegue jamás al entusiasmo desordenado que exagera la riqueza y que, en un momento de insolente embriaguez ó egoísmo, podría acensar demasiada habilidad. Con la escultura de sus muros y de sus puertas forma un alfabeto y un epítome de la religión, de cuyo conocimiento puede estar orgulloso, porque le permite inscribir en majestuosas líneas el encanto doloroso de la vida y de la muerte de Cristo. Considerad, señores, la magnificencia de este gran movimiento de arte que, teniendo á Francia como núcleo, irradia con tal pujanza, que llega hasta Inglaterra, se instala en Alemania, Flandes y España, y traspasa luego la frontera de Italia. En todas estas naciones los hombres se dedican á la edificación y en cada pueblo se producen obras que llevan el sello de la raza y á veces surgen monumentos que como el Campanile del etrusco Giotto, en Santa María de las Flores de Florencia, resultan piedras angulares de la belleza. Y este sentir general de la época precipita por entre el bosque de andamios de sus construcciones, un enjambre de voluntades rampantes que anónimas trabajan sin descanso hasta el instante en que la cima del monumento traspasa el círculo celeste en donde las cigueñas giran y giran infatigablemente!!!!

J. I. ACEVEDO,  
Arquitecto.

[Continuad]